

CLAUDIA

Claudia era una niña aparentemente normal. Tenía diez años y le gustaba ver la televisión, jugar a los videojuegos, salir al parque, ir al cine. Vivía en una preciosa zona residencial junto a su madre, Julia, a la que adoraba, y que había tenido que hacer las veces de madre y padre, ya que este había muerto cuando la niña era aún muy pequeña.

Claudia era una niña feliz, siempre y cuando no estuviese en el cole. Era una niña muy aplicada y aunque no había sido muy sociable sus compañeros, y a todos les parecía un poco rara, siempre la habían tratado bien, hasta que llegó a sexto de primaria. Al empezar el curso les presentaron a Rubén, un niño que había repetido. A Claudia no le dio buena espina desde el principio, había algo turbio en sus ojos que hacía intuir que no era una buena persona y no tardó mucho en comprobar que estaba en lo cierto. Mientras los profesores estaban en clase, Rubén fingía ser un ángel para convertirse en un demonio en cuanto estos salían por la puerta. Les hacía la vida imposible tanto a ella como a sus compañeros. Les quitaba el material escolar, los bocadillos para el recreo, los insultaba... y lo peor era que, por alguna razón, con quien más se metía era con la pobre Claudia. La llamaba “ojos de rana”, cada dos por tres le quitaba pinturas del estuche, se burlaba de ella porque no tenía padre e incluso le hacía la zancadilla para que se cayera al suelo.

Su madre al principio no notó nada raro. Sí que se había dado cuenta de que desde que había empezado el curso Claudia no había sido la niña feliz y siempre dispuesta a jugar que era antes. En un principio lo achacó a que aquel curso, previo a que entrase en el instituto, debía ser más duro y de ahí su estado de ánimo. Eso fue hasta el primer día que su hija llegó a casa con el pelo totalmente enmarañado y las rodillas destrozadas.

—¿Qué te ha pasado, cariño? —le preguntó preocupada.

—Nada, mamá, me he caído en el patio cuando estábamos jugando —respondió la niña con la mirada triste y a punto de echarse a llorar.

—Cariño, ven aquí —dijo abriendo sus brazos para abrazar a su hija—. Mira tus rodillas, vamos a curarlas, ¿vale? —sugirió con ternura dando un beso en la mejilla a Claudia y llevándola hasta el baño donde tenía un pequeño botiquín.

Aquel episodio la había dejado un poco preocupada, pero su hija siguió yendo y volviendo del cole sin quejarse y sin volver a traer alguna herida a casa, o al menos eso creía.

Un día Claudia volvió del cole con expresión triste y los ojos rojos por haber estado llorando.

—¿Te ha pasado hoy algo malo en el cole? ¿Te han regañado los profesores por algo? —le preguntó su madre inquieta, no le gustaba nada el aspecto que traía su hija.

—No, no me ha pasado nada ni me han regañado los profesores —contestó la niña cabizbaja—. ¿Puedo ir al baño?

—Claro, cariño, mientras te preparo la merienda, ¿vale? —dijo dándole un beso en la frente y observando con preocupación cómo la niña se alejaba.

Julia le preparó un bocadillo a su hija de jamón y tomate, su favorito, para ver si así se le subía en ánimo.

—Cariño, ya tienes el bocadillo en la cocina —dijo Julia acercándose al baño, del que la niña aún no había salido.

Abrió la puerta y se le encogió el corazón al ver a su hija mirándose en el espejo con la expresión más triste que jamás le había visto.

—Cariño, ¿qué te pasa? —preguntó su madre cada vez más inquieta por el comportamiento de su hija.

—Mamá, ¿tengo los ojos grandes como los de una rana? —preguntó la niña.

Aquella cuestión hizo que saltasen todas las alarmas de Julia. Estaba segura de que una pregunta así jamás hubiera salido de su hija si no se lo hubiera dicho alguien.

—¿Es que hay alguien en el cole que dice que tienes los ojos como una rana? — quiso saber Julia empezando a temerse lo peor.

—No —contestó tajante—. Voy a merendar.

Sin embargo, Julia se había plantado en medio de la puerta y no iba a permitir que su hija saliera de allí sin que le diese una explicación a todo lo que estaba pasando.

—Hija, estás muy rara. Nunca has perdido material de la escuela y ahora, cada dos por tres, pierdes los bolis, los borradores, las pinturas... Y lo de los ojos... ¿Hay alguien en el colegio que se esté metiendo contigo, cariño? Sabes que puedes contármelo y que entre las dos solucionaremos el problema sea cual sea —le aseguró Julia acariciando con ternura la mejilla de su hija.

Claudia abrazó con fuerza a su madre, pero aún no estaba preparada para contarle todo lo que le estaba pasando en el cole, cómo Rubén le estaba haciendo la vida imposible.

—Voy a merendar —susurró en el oído de su madre de nuevo antes de salir del baño dejando a su madre con una inquietud tremenda en el cuerpo.

Tras aquello tuvieron unos días de tranquilidad hasta que una tarde Julia entró en el cuarto de su hija a dejar ropa planchada y vio la espalda de Claudia repleta de moratones.

—Pero, hija, ¿cómo te has hecho eso? Y no me digas que no lo sabes. Claudia, por favor, dime qué está pasando —pidió Julia al borde de las lágrimas al ver el cuerpecito de su hija totalmente golpeado.

Claudia se había asustado al oír a su madre, se tapó lo más rápido que pudo la espalda poniéndose una camiseta y se volvió hacia ella dispuesta a contárselo todo.

Cuando la niña le hubo contado todas las cosas que le hacía aquel niño, los insultos, cómo se había pasado todo el curso robando material a todos sus compañeros, y por su puesto a ella, y también que en alguna ocasión había llegado incluso a pegarla, la sangre de Julia hervía enfurecida. Aquel niño no sabía con la hija de quién se había ido a meter.

Tratando de mantenerse calmada le dijo a su hija que invitase un día a aquel niño a merendar a su casa. Claudia frunció el ceño, conocía a su madre y sabía que aquello no iba a traer nada bueno, sin embargo, asintió y abrazó fuertemente a su madre.

—No le hagas daño —le susurró la niña en el oído.

Al oír aquello el corazón de Julia se enterneció, había conseguido criar a una niña ejemplar sin ayuda de nadie.

Al día siguiente, y delante de todos sus compañeros, Claudia invitó al niño a su casa. Aquello pilló desprevenido tanto a Rubén como al resto de sus compañeros que la miraron asombrados.

—Es mejor que no vayas —dijo uno.

—Su casa da mucho miedo —comentó otro.

—Y su madre... es una bruja —susurró una niña que estaba muy cerca de ellos y que dijo aquella frase sin ningún tipo de maldad sino totalmente convencida de ello.

Claudia estaba colorada. Sabía que sus compañeros pensaban que ella y su madre eran brujas, sobre todo aquellos que vivían cerca de ellas y que alguna vez las había visto haciendo cosas raras en el jardín de la casa.

—¿Una bruja? —preguntó incrédulo Rubén—. Eso es una tontería, las brujas no existen y yo os lo voy a demostrar. Muy bien “ojos de rana” le diré a mi madre que el viernes meriendo en tu casa —contestó muy seguro de sí mismo.

Sus compañeros los miraban atónitos e incluso a alguno se le escapó un “oh”. Tras eso, algunos chicos que se llevaban bien con Rubén se acercaron a él y trataron de convencerle para que no fuera. Pero Rubén ya había tomado una decisión, iría a casa de aquella mocosa y demostraría a todos que ni eran brujas ni eran nada.

Cuando llegó el viernes Claudia estaba muy nerviosa, no le hacía ninguna gracia que Rubén fuera a su casa por diversos motivos, el principal que no sabía cómo acabaría todo

aquello. Había quedado con él en que primero iría a su casa a dejar su mochila y después su madre lo acercaría hasta su casa.

Julia canturreaba en la cocina alegremente, Claudia intuía que iba a hacer una de las suyas y eso no le gustaba.

—Hola, mamá —saludó la niña entrando en la cocina en la que olía raro—. ¿Qué estás haciendo? —preguntó arrugando la nariz al acercarse a un caldero que tenía en el fuego y que desprendía un olor asqueroso.

—Nada, cariño, unas chucherías para ese chico y para ti —contestó su madre sin mirarla.

Aquello no le hizo ninguna gracia. Hacía mucho que no utilizaba aquel caldero, precisamente desde el día en que sus compañeros le habían preguntado si su madre era una bruja y, por supuesto, ella se lo había contado a su madre. Desde entonces no habían vuelto a hacer cosas “raras” en el patio.

—Toma, pon esto en la mesita del salón, cariño —le dijo su madre poniendo en sus manos una bandeja llena de ricas galletas que olían de maravilla—. Cuando lo dejes allí ven a tomarte esto —dijo señalando un vaso con un líquido naranja—. Es un zumo, lo he exprimido solo para ti, así que date prisa para que te dé tiempo a bebértelo antes de que llegue ese niño —le apremió Julia.

Sin entender la actitud de su madre, Claudia obedeció, dejó las galletas en el salón y volvió a la cocina. Se sorprendió al verlo todo recogido tan deprisa, no había tardado tanto en ir a dejar las galletas, además, tampoco olía a lo que hasta hacía un momento había estado cocinando su madre en aquel enorme caldero que ahora estaba oculto bajo una sábana en el tendedero. Sin embargo, no le dio más importancia, cogió el zumo de naranja que le había dejado allí su madre y comenzó a beberlo. Sabía extraño, pero prefirió no decir nada y se terminó aquel agrídulce líquido antes de que Rubén llegase.

En cuanto sonó la puerta se puso muy nerviosa. No sabía qué estaba tramado su madre y la temía más que al matón que se encontraba al otro lado de la puerta.

Su madre abrió y se encontró a un chico que la observaba con una fingida cara de angelito y una mujer que iba muy bien vestida y que las observaba con una enorme y amistosa sonrisa.

—Buenas tardes, me temo que no nos conocemos. Soy Lucía —se presentó la madre de Rubén dando dos besos a Julia y otros dos a Claudia.

—Yo soy Julia, creo que no hemos coincidido nunca en las reuniones del colegio —dijo la madre de Claudia sonriendo también.

—Sí, creo que eso es culpa mía. Suelo estar bastante ocupada y a esas cosas envió a Clara, nuestra asistente —explicó Lucía—. Bueno, prométeme que te vas a portar bien, ¿de acuerdo? —le dijo aquella mujer a su hijo.

Este asintió con algo parecido a pena reflejada en sus ojos.

—¿Vendrás tú luego a buscarme? —preguntó el muchacho esperanzado.

—No, lo siento, corazón. Hoy tengo una cena de negocios, pero Clara vendrá a por ti y le diré que pida unas pizzas para que cenéis, ¿vale? —La mujer se dio la vuelta sin esperar la respuesta del chico que la observaba alejarse con tristeza.

—Muy bien, ¿por qué no entráis los dos al salón y empezáis a merendar? Enseguida estaré con vosotros —dijo Julia saliendo tras la madre de Rubén.

Ambos asintieron y se metieron en la casa.

—Más te vale que en clase no digas nada de lo que has visto ahí fuera “ojos de rana” —le advirtió el matón mientras se sentaba en el sofá y se comía una de las galletas que había preparado la madre de Claudia.

Claudia no dijo nada, se sentó justo al lado contrario sin ninguna intención de hablar con Rubén y con unas enormes ganas de que se fuera de su casa. Por fortuna, su madre tardó poco en volver y se colocó justo en medio de ambos.

—Bueno Rubén, ¿qué tal las clases? Ya me dijo Claudia que eras repetidor, seguro que este año eres de los mejores de clase —le dijo guiñándole un ojo.

—Sí, claro, me sé prácticamente todo el temario porque ya lo estudié el año anterior y estoy sacando sobresalientes —contestó sacando pecho.

Claudia frunció el ceño y lo observó. Lo que acababa de decir era mentira y... y... ¿No era posible? La niña pestañeó varias veces y volvió a fijarse en el rostro del niño, juraría que algo había cambiado, que sus ojos eran un poco más grandes de lo que normalmente eran hasta hacía solo unos minutos.

—Y seguro que también eres de los que mejor se portan en clase y que ayudas a tus compañeros —continuó diciendo Julia sonriendo misteriosamente.

—Por supuesto, es lo que tiene ser el mayor de clase, todo el mundo te pide ayuda y yo se la doy sin ningún problema —aseguró sonriendo.

Claudia se llevó una mano a la boca al ver lo que estaba sucediendo en el rostro de su compañero. Cada vez que mentía sus ojos se hacían un poco más grandes y saltones. Ambos, se volvieron para mirar a ver qué le pasaba a Claudia.

—¿Te encuentras bien, cariño? ¿Por qué no te comes una galleta? —le ofreció su madre guiñándole un ojo y acercándole la bandeja de dulces.

Claudia cogió uno mirando a su madre con los ojos abiertos de par en par. ¿Sería verdad que su madre era una bruja?

Julia acercó la bandeja también a Rubén y le animó a que cogiese otra galleta. Este no lo dudó un momento y tomó una de las más grandes.

—¿A ti también te han estado robando material? —preguntó entonces Julia haciendo que su hija por poco se atragantase—. Bebe un poco de agua, cariño —aconsejó su madre.

—Sí, hay un chico en clase que nos roba y nos insulta —mintió Rubén haciendo que sus ojos fuesen cada vez más grandes.

—¿Y por qué no se lo habéis dicho a los profesores? —preguntó Julia observando con atención al niño.

Este no dijo nada, se encogió de hombros y siguió comiendo.

—¿Y a Claudia también la insulta? —inquirió entonces.

—Sí, la llama sobre todo “ojos de rana”. Yo siempre la defiendo, ¿a que sí? —volvió a mentir el chico muy satisfecho creyendo que estaba engañando a la madre de Claudia.

Claudia asintió con una expresión rara en la cara, sin poder apartar vista de los gigantescos y saltones ojos del rostro de Rubén.

—Tengo que ir al baño —dijo entonces el niño.

Julia le indicó donde se encontraba y cuando salió del salón se volvió a su hija y le guiñó de nuevo un ojo sonriendo.

—No se te ocurra decir ni una palabra. Él no va a verse diferente, ni las personas mayores tampoco, pero los niños sí. Es hora de hacerle ver qué es lo que se siente en los zapatos de otro —le dijo su madre.

Rubén volvió sonriente del baño, pues él no se había visto diferente frente al espejo a pesar de que Claudia podía ver que sus ojos eran enormes y saltones.

Charlaron un poco más, siempre bajo la supervisión de Julia, hasta que llegó Clara a buscarlo quien tampoco notó nada raro en el rostro del muchacho.

Al día siguiente Claudia llegó temprano al colegio como de costumbre, aunque estaba más nerviosa de lo normal, ¿cómo reaccionarían sus compañeros al ver el nuevo rostro de Rubén? No iba a tardar mucho en saberlo. Estaba hablando con uno de sus compañeros, a los que Rubén también tenía amenazado, cuando éste entró por la puerta. Su compañero se lo quedó mirando sorprendido abriendo los ojos como platos sin creerse lo que estaba viendo.

—¿Qué pasa “pestoso”? —preguntó refiriéndose al niño con el que hablaba Claudia—. Parece que estés viendo un fantasma —dijo molesto sentándose en su sitio.

El niño negó con la cabeza y miró para otro lado, no quería tener problemas con él, además bastante tenía aquel día habiendo amanecido con aquellos ojos.

A los pocos minutos llegaron los únicos dos amigos que tenía Rubén, que eran como sus perritos falderos y hacían todo lo que él quería y se reían de todo el mal que hacía a sus compañeros.

—¡Ostras! ¡Pero qué te ha pasado! —exclamó uno.

—Parece que tenemos un nuevo “ojos de rana” en la clase —comentó el otro echándose a reír y haciendo que el otro le acompañase en las risas.

—¿Pero de qué estáis hablando? —preguntó molesto el niño no le estaba haciendo ninguna gracia que sus amigos se estuviesen riendo de él.

—¡Ojos de rana, ojos de rana! —comenzaron a corear los dos.

—Pero ¿qué está pasando aquí? —La voz de la profesora los asustó a todos—. Venga a sentarse todos y en silencio hasta que lleguen todos vuestros compañeros.

Durante las clases Claudia echaba miradas de reojo hacia el lugar en el que Rubén tuvo que aguantar las burlas de sus supuestos amigos hasta que llegó la hora del recreo y salió corriendo sin esperar a nadie.

La muchacha lo buscó. Sabía lo que se sentía cuando se metían contigo y se reían de ti y no era agradable. Finalmente lo encontró llorando en un rincón y su corazón se encogió, a pesar de todo lo que le había hecho no le deseaba que le pasase lo mismo ni a su peor enemigo, ella más que nadie sabía lo mal que se pasaba.

Se acercó a él y le tocó el hombro haciendo que Rubén se sobresaltase.

—¿Qué haces aquí? ¿Vienes a burlarte también de mí? —preguntó el niño a la defensiva.

—No, solo quería saber si quieres venir a jugar con nosotros —contestó con una dulce sonrisa Claudia dándole la mano para que fuera conmigo.

—¿No os importa que me llamen...? —Rubén no pudo terminar la frase acababa de entender todo el mal que durante ese tiempo le había hecho a Claudia—. ¿Con lo mal que me he portado contigo y aun así quieres que vaya a jugar con vosotros? —preguntó el niño sin poder creer la bondad de aquella niña.

Claudia asintió con la cabeza sonriendo.

—Nadie debería estar solo, además como suele decir mi madre “No hay paz sin justicia, y no hay justicia sin perdón” —recitó la niña.

Enjugándose las lágrimas, Rubén siguió a Claudia hasta donde otros compañeros de su clase con los que también se había portado muy mal jugaban al pilla-pilla.

—¿Juegas con nosotros? —le preguntó el niño que por la mañana había estado hablando con Claudia.

—¿Puedo? —preguntó sin poder creer que sus compañeros después de todo quisieran jugar con él.

—¡Claro! ¡Pero te la ligas! —gritó dándole un golpecito en el hombro y saliendo corriendo.

Durante todo el recreo lo único que se oyeron fueron risas y por primera vez en su vida Rubén se sintió bien consigo mismo. Desde entonces no volvió a meterse con nadie, había aprendido bien la lección que hacer daño a los demás no es bueno y que los verdaderos amigos a veces se encuentran en sitios donde no se habían buscado. Sus ojos volvieron a la normalidad en cuanto comprendió todo aquello. Él y Claudia se hicieron buenos amigos y jamás la niña volvió a llegar llorando a casa.